



**XVI ANIVERSARIO IN MEMORIAM POR FERNANDO BUESA Y  
JORGE DÍEZ**

**“Generando impulsos de futuro”**

**XVI. URTEURRENA  
FERNANDO BUESA ETA JORGE DÍEZ OMENTZEKO IN  
MEMORIAM EKITALDIAK**

**“Etorkizuneko bulkadak sortzen”**

**18 DE FEBRERO DE 2016  
Museo Artium de Vitoria-Gasteiz**

**DISCURSO DE SARA BUESA  
VICEPRESIDENTA DE LA  
FUNDACIÓN FERNANDO BUESA BLANCO FUNDAZIOA**

Gabon lagunok,

Eskerrik asko hemen egoteagatik, oroimen ekitaldi honetan. Egun hauek oso bereziak dira guretzat eta zuen gertutasuna asko eskertzen dugu.

Queridas amigas, queridos amigos,

Buenas noches. Gracias por acompañarnos en este acto de recuerdo. Gracias a todos los que nos mostráis vuestro afecto hoy y siempre, especialmente a todas las víctimas que habéis venido a arroparnos. Este es un acto en memoria de Fernando y Jorge, pero también de todas las víctimas del terrorismo.

Begoña, Jose Antonio, Lorena: compartimos un mismo sentir en estos días. Para nosotros es muy importante vivirlos en vuestra compañía. No hacen falta palabras para expresar lo que significa vuestra presencia. Basta con mirarnos a los ojos y fundirnos en un abrazo.

Hace ya más de 4 años que ETA anunció el cese de su actividad terrorista. En este tiempo han sucedido algunas cosas pero la sensación es que seguimos estando en una especie de impasse, sin terminar de coger las riendas y de abordar importantes cuestiones para la construcción de nuestra convivencia.

Nosotros visualizamos este momento como si estuviéramos en torno a un estanque, cada uno bien arraigado en su sitio marcando su posición, en un clima de tensa quietud, el agua en aparente calma. Nadie se atreve a lanzar un canto rodado que remueva el agua estancada. Todos están mirándose los unos a los otros...



Hoy os propongo dar la vuelta a la cámara enfocarnos a nosotros mismos y mirar hacia nuestro interior. Traspasar la barrera de nuestra mente y observar nuestras creencias. Descender a nuestras profundidades y detenernos en nuestro corazón. Con la sangre que éste bombea relajar y desentumecer nuestros músculos. Mente abierta, corazón abierto, voluntad abierta.

Hoy quiero compartir con vosotros mi propio viaje interior.

Cuando mataron a mi aita fue como si el suelo se convirtiera en arenas movedizas, como si me arrancaran de cuajo una parte vital de mi cuerpo, un brazo o una pierna, y tuviera que aprender a andar a traspies.

El dolor por su pérdida y la tristeza, la inmensa tristeza, lo inundaban todo y costaba respirar.

Vivir mi duelo fue un proceso largo y costoso. Al principio sobreviví aferrándome a mis rutinas. Poco a poco fui asentando y metabolizando mis emociones. Hasta que llegó el momento de reencontrarme conmigo misma, de empezar a levantar la mirada, a pensar en mi y en mi futuro.

Han pasado 16 años. Cuando miro hacia atrás, como ahora en estas fechas de aniversario, la tristeza inevitablemente se reactiva.

Al mismo tiempo, es bonito recordar. Pensar en mi aita, en cómo era, en cómo pensaba, recordar un montón de momentos compartidos, reconocerle en mi misma o en mis hermanos, pensar que sigue vivo en nosotros, sentir su presencia como un ángel de la guarda que sigue mis pasos y me protege... es muy reconfortante. Esta memoria íntima es un bien muy preciado para mí...

Recordar a mi aita supone también recordar cómo murió. Sentir la punzada de dolor por la injusticia de su asesinato. Él no quería morir, quería vivir, cuántas veces pienso en él y en lo que disfrutaría de tantos momentos con mi ama, con nosotros, con sus nietos... Aquello no tuvo nada de heroico ni de patriótico, matar sólo es matar, quitar la vida a una persona, un padre, un marido, un amigo, un vecino... causar dolor inútilmente y nada más...

Mi padre fue asesinado para imponer un proyecto político totalitario y excluyente. La memoria es esencial para que esto no se olvide. Recordar lo que ha sucedido en este país es un derecho de las víctimas y además es la mejor herramienta de prevención para evitar un nuevo futuro de violencia y terrorismo.

En esta memoria pública que necesitamos tejer, los relatos de las víctimas, sus vivencias, son los retazos esenciales.

Después de sufrir el zarpazo de la violencia, la tendencia natural es aislarse, replegarse en una misma y refugiarse en la burbuja de la familia y la vida cotidiana, un lugar donde buscar el equilibrio, el bienestar y la felicidad.

Personalmente, al mismo tiempo también he sentido siempre una fuerte llamada de compromiso que me nace de dentro, un deseo de aportar y de contribuir a algo bueno.



Durante años he estado canalizando este compromiso a través del trabajo de nuestra Fundación.

Un día, hace 5 años, me propusieron participar en un encuentro restaurativo con un preso de la denominada Vía Nanclares.

Llevaba años trabajando en la Fundación, pero aquello era distinto. Aquella propuesta implicaba no sólo aportar reflexión, sino también exponer mi corazón y enseñar sus cicatrices, compartir mi intimidad nada menos que con una persona que había pertenecido a ETA.

Me tomé un tiempo para pensarlo.

La verdad es que en todos los años que habían pasado desde el asesinato de mi aita apenas me había parado a pensar en las personas que lo asesinaron. Nunca han tenido un protagonismo en mi pensamiento ni en mis emociones. Para mí fue muy importante que se hiciera justicia, pero después, con la tranquilidad de saber que están cumpliendo sus penas por ello, mi energía ha estado totalmente volcada en construir mi vida. No les guardo odio y personalmente no tengo ningún inconveniente con que cumplan sus penas cerca de sus casas.

Yo creo en la reinserción, creo en las personas, en los procesos de cambio y evolución y en las segundas oportunidades. Me parecía que el que aquella persona se arrepintiera y fuera capaz de reconocer que recurrir a la violencia había estado mal, que había sido un error terrible con consecuencias trágicas e irreparables, era un proceso muy valiente. Muy valiente y muy valioso para hacer la pedagogía social que necesitamos.

Al mismo tiempo, el vértigo por sentirme tan expuesta me inundó. Y el miedo, miedo a que se reabriera y ahondara mi herida. Y sobre todo mucho miedo a poner tanto de mi misma y que aquel arrepentimiento no fuera sincero.

Finalmente, no armé la confianza y la seguridad suficientes para disipar ese miedo. Supongo que los mensajes que veía en el contexto no ayudaron: mensajes contradictorios y ambiguos en relación a la legitimidad de la violencia terrorista, mensajes que ensalzaban a personas que habían cometido actos violentos...

Para una víctima abrir su corazón supone un esfuerzo muy costoso y doloroso. Para poder hacerlo, es imprescindible tener un marco de seguridad, seguridad de que una va a ser tratada con respeto, con cercanía, empatía y afecto, y de no ser nuevamente victimizada.

No hay nada más doloroso y ofensivo para una víctima que escuchar mensajes que legitiman y justifican la violencia sufrida.

Por eso creo que cualquier planteamiento que se realice en relación a personas que han cometido crímenes debe ir acompañado de un mensaje claro, contundente y explícito de rechazo de dichos crímenes.



Más adelante, hace poco más de 2 años me propusieron formar parte del programa Adi-Adian, compartiendo mi testimonio en las aulas, y en esta ocasión sí que me decidí.

La idea de poner mi granito de arena para que mis hijos y las nuevas generaciones tengan un corazón limpio, unos valores sólidos, y puedan vivir y convivir en esta tierra sin padecer lo que hemos padecido nosotros, tiene mucha fuerza para mí.

Durante años me ha acompañado el estigma de ser víctima, una cierta sensación de que había algo malo en lo que me había sucedido, algo de lo que avergonzarme... Pocas veces había hablado de lo que me había ocurrido y de lo que había supuesto para mí, de mis emociones, con nadie, ni siquiera con mi familia o amigos. Y de pronto me vi en un salón de actos con 200 chavales delante. Me sentía como si estuviera en un precipicio a punto de saltar al vacío... Y entonces respiré hondo, me dejé fluir y puse mi corazón en sus manos.

Compartir una experiencia tan fuerte de esta forma, abriéndome en canal con personas desconocidas, implica poner mucho de mí misma. Pero comprobar el grado de atención y el nivel de escucha tan profunda que ponen, sentir sobre mí las miradas abiertas y libres de prejuicios, recibir el inmenso respeto, la calidez y calidad humana, la empatía, es simplemente brutal. Es potente y sanador.

Mi experiencia ha sido muy dura y al mismo tiempo muy reveladora. Entre las cosas que he aprendido está ser más humana y solidaria, odiar la violencia, rebelarme contra las injusticias; ver a las personas, juzgar menos a la ligera y pensar menos en términos de blanco y negro; valorar lo que realmente es importante en la vida... Pensar que de algo tan doloroso puede surgir algo hermoso, y que compartirlo puede hacer que otras personas reflexionen, se emocionen y tal vez incorporen algo de esos aprendizajes en su día a día, es tremendamente gratificante.

A raíz de participar en Adi-Adian entré en contacto con otras víctimas, la mayor parte víctimas de ETA, y también del GAL y de abusos policiales.

Ya desde el primer momento que coincidimos se desplegó entre nosotras una sintonía especial.

Compartir una vivencia de sufrimiento provocó lógicamente una empatía inmediata, una sensibilidad y una comprensión mutua.

La actitud constructiva de escucha y de profundo respeto generaron un clima de confianza y seguridad.

Pero lo que resultó más impactante para mí fue comprobar cómo, partiendo de contextos e historias de vida tan diversas, habiendo recorrido caminos dispares, cada una con nuestras heridas, con nuestras luces y nuestras sombras, convergíamos en algo profundo y nuclear, en unos fuertes principios, valores y convicciones:

- La postura nítida en contra de la violencia, considerándola inadmisibles e injustificables, incluso como respuesta a la mayor de las injusticias previamente sufridas.



- El valor de los derechos humanos como un absoluto ético. Y consecuentemente la defensa de los derechos de todas las personas, los propios y los de los demás. Escuchar a una víctima de abusos policiales decir que lo que ella y su familia sufrieron en ningún caso justifica la violencia de ETA, y que no debe servir para deslegitimar la importante labor que hacen las fuerzas y cuerpos de seguridad.

Escuchar a una víctima del GAL posicionarse rotundamente en contra de ETA y manifestar que ella nunca ha compartido la utilización de la violencia para lograr ningún fin.

Me hizo darme cuenta de los prejuicios que tenía y derrumbó muchos de mis estereotipos.

Conocer a estas personas, compartir con ellas reflexiones y vivencias ha sido un lujo.

Escuchándoles he comprendido que realmente todas las víctimas necesitamos lo mismo:

- Una memoria basada en un relato veraz, que deslegitime claramente la violencia que hemos sufrido.
- Que se señale a los victimarios y se haga justicia.
- El reconocimiento del sufrimiento injusto que hemos padecido y el acceso a la reparación.

Cualquier víctima merece ser tratada con igualdad en estos aspectos.

Al mismo tiempo, es necesario hacer análisis independientes y detallados de cada situación, extraer y asumir las responsabilidades oportunas en cada caso.

En mi caso, demando y exijo que se haga un tratamiento específico de terrorismo de ETA.

Porque ETA ha utilizado de forma sistemática el terror, la amenaza y el asesinato (de casi 1.000 personas, entre ellas mi aita y Jorge) con el objetivo de imponer un proyecto político totalitario, que no admitía la diversidad ideológica o de sentimientos de pertenencia de la sociedad vasca. Este significado político de la violencia de ETA y de sus víctimas no debe olvidarse.

Y porque la utilización de esta estrategia violenta ha recibido importantes apoyos, siendo tolerada por una parte de la sociedad vasca.

En mi época del instituto la defensa de la lucha armada estaba rodeada de un halo de popularidad, patriotismo, rebeldía... que resultaba muy atractivo para muchos jóvenes.



Yo he estado en un concierto y he escuchado gritar desde el escenario "gora ETA militarra", comprobando como gran parte de las personas que allí estaban lo jaleaban durante minutos (y no precisamente en los 80, sino durante la tregua del 1998).

Hemos convivido a diario con simbologías y mensajes explícitos de apoyo al terrorismo.

Tengo muy vivos algunos recuerdos que ahora al pensarlos apenas doy crédito a que fueran ciertos, como entrar con 16 años en un bar de la *kutxi* y encontrarme de frente con un cartel enorme en el que se señalaba a "los enemigos del pueblo", y entre ellos estaba la foto de mi aita rodeada con una diana. Y, lo que es peor, que mi sentimiento fuera de vergüenza y mi primer pensamiento "que no me reconozca nadie".

Creo que durante los 40 años que hemos estado bajo el impacto del terrorismo de ETA, nos habituamos tanto a la violencia que perdimos un poco el norte de lo que está bien y lo que está mal, de lo normal y lo anormal. Un norte, una brújula de valores, que es muy importante recuperar.

Hoy afortunadamente aquello parece ciencia ficción, ya nadie hace abiertamente apología del terrorismo de esta forma, pero todavía se aprecian actitudes que lo legitiman sutilmente y se alzan voces que justifican la existencia de ETA como una estrategia necesaria en el pasado.

No entiendo que aspectos tan básicos como deslegitimar claramente el terrorismo de ETA, o reconocer a todas las víctimas, se vinculen a cuestiones de conveniencia o de estrategia política. Tampoco entiendo que se condicione a que otros den determinadas pasos o a que sucedan determinadas cosas.

Lo que está bien está bien y lo que está mal está mal.  
Si tenemos claros unos valores y unos principios éticos debemos expresarlos sin ambigüedades. Y debemos practicarlos, mostrando una coherencia en nuestras actitudes y acciones cotidianas.

¿A qué esperamos?

Estoy convencida de que no es posible promover el cambio que queremos mirando desde la orilla. Si verdaderamente queremos transformar nuestra realidad tenemos que implicarnos más allá y vivir nosotros mismos el proceso de transformación que estamos predicando.

Mirarse a uno mismo y embarcarse en un viaje interior supone revisar creencias, hacer frente a contradicciones, conocer las propias fortalezas y debilidades, reafirmar algunas certezas y entrar en contacto con muchos miedos. Hasta encontrar esa perla preciosa y frágil que se esconde en lo profundo de nuestro interior.

Podemos guardarnos esa perla para nosotros mismos o podemos compartirla con los demás.



Compartir lo que llevamos dentro puede parecernos complicado de llevar a la práctica:

No sabemos muy bien cómo hacerlo...

Dudamos de hasta qué punto será útil...

Pensamos que nuestra contribución no puede conseguir gran cosa...

Nos sentimos solos sembrando en el desierto...

Pero realmente, si nos apoyamos los unos en los otros, entre todos no es tan difícil. Con una pequeña aportación de cada uno podemos movilizar una gran energía y llegar lejos.

Vamos a comprobarlo (...)

Abrirnos, dar a conocer nuestra perla y entregarla a los demás supone verse de pronto en medio del estanque con el agua hasta la cintura. Pero la experiencia es transformadora para todos aquellos que se involucran. Es una sensación muy potente de estar en permanente crecimiento y evolución.

Mugitzeak mugimendua sorrarazten du; eta tartean bagaude, tartean sartzen bagara, bultza egin dezakegu etorkizunari begira.

Mila Esker.



@Fundacion\_Buesa

#InMemoriamXVI